

<http://dx.doi.org/10.15446/ideasyvalores.v63n156.38960>

TIEMPO Y SITUACIONALIDAD LA “RESPUESTA” MERLEAUPONTIANA A LA PARADOJA DE MCTAGGART

CLAUDIO CORMICK*
Conicet - Argentina

RESUMEN

Se busca establecer una relación, no satisfactoriamente explorada, entre la fenomenología merleau-pontiana del tiempo y un problema central de la “theory of time” analítica, la paradoja de McTaggart. Al clarificar, en polémica con Priest (1998), el auténtico sentido del “subjektivismo” merleau-pontiano con respecto al tiempo, se señala cómo establecer una confluencia entre el acercamiento fenomenológico y las tesis desarrolladas por Michael Dummett como respuesta a la mencionada paradoja. Con los señalamientos de Dummett y la interpretación de Bimbenet acerca del “perspectivismo” merleau-pontiano, se intenta una solución “situacional” a la paradoja.

Palabras clave: M. Dummett, J.M.E. McTaggart, M. Merleau-Ponty, situacionalidad, tiempo.

.....
Artículo recibido: 20 de junio del 2013; aceptado: 10 de septiembre del 2013

* claudiocormick@yahoo.com.ar

Cómo citar este artículo:

MLA: Cormick, C. “Tiempo y situacionalidad. La ‘respuesta’ mereleau-pontiana a la paradoja de McTaggart.” *Ideas y Valores* 63.156 (2014): 165-189.

APA: Cormick, C. (2014) Tiempo y situacionalidad. La ‘respuesta’ mereleau-pontiana a la paradoja de McTaggart. *Ideas y Valores*, 63 (156), 165-189.

CHICAGO: Claudio Cormick, “Tiempo y situacionalidad. La ‘respuesta’ mereleau-pontiana a la paradoja de McTaggart.” *Ideas y Valores* 63, n.º 156 (2014): 165-189.

TIME AND SITUATEDNESS
MERLEAU-PONTY'S RESPONSE TO MCTAGGART'S PARADOX

ABSTRACT

The article seeks to establish a relationship that has not yet been explored satisfactorily between Merleau-Ponty's phenomenology of time and a central issue of analytical "theory of time": McTaggart's paradox. By clarifying the authentic meaning of Merleau-Ponty's "subjectivism" regarding time, against Priest's interpretation (1998), the article points out a convergence between the phenomenological approach and Michael Dummett's theses developed in response to the abovementioned paradox. A "situational" solution to the paradox is attempted on the basis of Dummett's ideas and Bimbenet's interpretation of Merleau-Ponty's "perspectivism".

Keywords: M. Dummett, J.M.E. McTaggart, M. Merleau-Ponty, situatedness, time.

TEMPO E SITUACIONALIDADE. A "RESPOSTA" MERLEAU-
PONTIANA AO PARADOXO DE MCTAGGART

RESUMO

Pretende-se estabelecer uma relação, não satisfatoriamente explorada, entre a fenomenologia merleau-pontiana do tempo e um problema central da "theory of time" analítica, o paradoxo de McTaggart. Ao esclarecer, em polêmica com Priest (1998), o autêntico sentido do "subjativismo" merleau-pontiano a respeito do tempo, indica-se como estabelecer uma confluência entre a aproximação fenomenológica e as teses desenvolvidas por Michael Dummett como resposta ao mencionado paradoxo. Com as indicações de Dummett e a interpretação de Bimbenet sobre o "perspectivismo" merleau-pontiano, tenta-se uma solução "situacional" ao paradoxo.

Palavras-chave: M. Dummett, J. M. E. McTaggart, M. Merleau-Ponty, situacionalidade, tempo.

Introducción

Se busca analizar la reflexión de Merleau-Ponty sobre el tiempo –en particular las ideas que encontramos en su temprana *Fenomenología de la percepción*– bajo una nueva perspectiva: la de sus posibles cruces con la *theory of time* desarrollada por la filosofía anglosajona, y organizada, en una importante proporción, en torno al vocabulario y los problemas legados por los trabajos clásicos de J. M. E. McTaggart. Herencia que se manifiesta en que los campos en disputa continúan denominándose “*A-theory*” y “*B-theory*”, en relación con las dos “series” distinguidas por el filósofo británico para reconstruir el fenómeno del tiempo. En concreto, se busca probar que, aunque el fenomenólogo francés no abordó explícitamente la paradoja de McTaggart, sí es posible extraer importantes puntos de contacto con una serie de elaboraciones respecto de la paradoja, en particular con las influyentes tesis elaboradas por M. Dummett.

Para ilustrar los límites con los que se ha topado este cruce de tradiciones, basta con considerar algunos de los pocos casos en los que siquiera se lo ha intentado. Junto con la incompreensión con que, según veremos brevemente, el libro del británico Stephen Priest (1998) aborda la temática de Merleau-Ponty, podemos citar la expeditiva manera con la que su compatriota y editor, Thomas Baldwin, aborda la posibilidad de un diálogo tal: “En la influyente terminología de McTaggart, Heidegger y Merleau-Ponty son protagonistas de una concepción del tiempo según la *serie A*; desafortunadamente, no discuten si ella no es inherentemente contradictoria, como McTaggart sostuvo” (Baldwin 31, énfasis agregado). Pues bien, contra Baldwin –e indirectamente contra Priest–, el presente trabajo se comprometerá con la tesis *histórico-filosófica* de que la reconstrucción misma de las tesis merleau-pontianas sobre el tiempo debe enriquecerse considerando su clara –aunque implícita– incidencia sobre un problema tan central para la tradición anglosajona como lo es la paradoja de McTaggart. Así mismo, y junto con una vinculación puramente reconstructiva, buscaremos en un plano *sistemático* defender con argumentos la plausibilidad de las tesis de Merleau-Ponty como posible solución a los problemas legados por McTaggart.

Nuestro punto de vista se servirá de la analogía con la polémica merleau-pontiana contra el trabajo “no situacional” elaborado por la filosofía trascendental, la cual, según el filósofo francés, no logra reponer las distinciones entre presente, pasado y futuro, en virtud de reconstruir el tiempo sin presuponer una conciencia situada *en él*. Aplicando esto a los problemas legados por McTaggart –y profundizando así lo esbozado por Dummett–, señalaremos que la presunta paradoja resulta imposible: sin aceptar un “punto cero” de

la descripción, que tenga el carácter de *presente*, no puede siquiera fundarse el conjunto de las determinaciones A. De igual modo, sin atribuir a un momento el carácter de presente, y hacer recaer sobre él la distribución de estas determinaciones, el resultado que tenemos no es –como cree McTaggart– una *sobre*-determinación de los distintos momentos, atribuyéndoles cualidades incompatibles, sino una *in*-determinación, en virtud de la cual *carecerían* por igual de los caracteres de presente, pasado y futuro, con lo cual la serie A no llegaría siquiera a reconstruirse.

Para llegar a este resultado, daremos un rodeo por el análisis de Bimbenet (2008) acerca del perspectivismo en Merleau-Ponty, con el objeto de extraer de este tratamiento del *espacio* algunas consecuencias aplicables al tiempo. Bimbenet aborda el problema de cómo el espacio puede ser a la vez un espacio “subjetivo”, en el cual tengo un punto de vista privilegiado, un “aquí” como punto cero que se distingue de los demás puntos espaciales, y un espacio objetivo homogéneo. Frente a esta situación, remarca que, para el fenomenólogo, esta tensión se armoniza en la medida en que si bien, por un lado, no podemos dejar de tener *algún* punto de vista –en virtud del cual se diferencia cualitativamente el aquí de los lugares que no lo son–, podemos, por otro lado, intercambiar cuál punto de vista *particular* sea el que tenemos.

Trasladando este modelo de análisis al caso del tiempo, señalaremos –en la misma línea de la referencia de Dummett a la *pluralidad* de “descripciones máximas” de las que puede ser objeto la realidad temporal–, que si, por un lado, debemos hacer justicia al señalamiento mctaggartiano de que no puede atribuirse a ningún momento con carácter *absoluto* el rol privilegiado de presente, puesto que *todos* ellos son en principio candidatos a ocupar tal papel, por otro, sin embargo, esta equiparación de los distintos puntos temporales solo puede significar –en analogía con el caso del espacio– la posibilidad de construir *diferentes* descripciones del tiempo, cada una apoyada en su punto cero particular, pero no que sea posible reconstruir el tiempo sin fundar la descripción en *ningún* presente. De este modo, argumentaremos, la reconstrucción del tiempo, al igual que la del espacio, debe reconocer la diferencia irreductible entre una relación asimétrica de los distintos puntos –temporales o espaciales– *dentro* de cada descripción de la realidad y una relación simétrica entre ellos, que solo se da *entre* descripciones diferentes. Es solo a través de distintas descripciones de la realidad temporal que un mismo momento podrá ser considerado como presente, pasado o futuro (del mismo modo que un punto espacial podrá verse como un aquí o un allí). En consecuencia, los problemas aparentemente insalvables de las determinaciones de presente, pasado y futuro surgen únicamente, según argumenta-

remos, de la confusión entre las dos distintas relaciones que hemos mencionado y, en último análisis, de la negativa a concebir la realidad como resultado de una *multiplicidad* de descripciones diferentes.

Reposición del sentido del “subjetivismo” merleau-pontiano con respecto al tiempo

Repasemos brevemente –antes de pasar a los problemas más polémicos, que conciernen a la interpretación de Merleau-Ponty– las tesis principales de los textos clásicos de McTaggart. Ante todo, debemos recordar que McTaggart distingue dos series, denominadas “A” y “B”, para describir las relaciones dadas entre los distintos momentos del tiempo –o eventos en ellos–: por un lado, los momentos pueden ser vistos como si se relacionaran, en una serie, como anteriores o posteriores unos con respecto a otros, relaciones que conservan a lo largo del tiempo (serie B); sin embargo, por otro lado, los momentos pueden analizarse como organizados según determinaciones variables de presente, pasado y futuro (serie A) (*cf.* McTaggart 1927 10).

Ahora bien, según McTaggart, la circunstancia de que todo momento tenga que pasar por esas tres determinaciones incompatibles (que haya un “flujo” desde el futuro al pasado) implica una contradicción que no podemos resolver, excepto de manera viciosa: dado que todo momento es *sucesivamente* futuro, presente y luego pasado, solo podemos evitar atribuirle a la vez las tres propiedades incompatibles especificando *en qué momentos* es que posee una u otra, pero a su vez los momentos con respecto a los cuales se produce esta relativización tendrán que poseer ellos mismos las cualidades de presente, pasado y futuro, con lo cual el problema se replantea, y así indefinidamente (*cf. id.* 21). En síntesis, de la circunstancia de que los momentos tengan diferentes determinaciones A según el punto de vista desde el cual se los considere, y que este punto de vista también sea susceptible de tales diferencias (ningún momento es *absolutamente* presente, pasado o futuro), McTaggart deduce la existencia de una *inconsistencia* en la postulación de una serie A y, por lo tanto, en la del tiempo.

Señalemos, por último, antes de pasar a Merleau-Ponty, que si bien en el debate contemporáneo la paradoja de McTaggart no es ya defendida como evidencia de la muy contraintuitiva tesis de una irrealidad del *tiempo*, sí es reivindicada por los “teóricos B” como prueba de la irrealidad de los *tenses*, esto es, de las determinaciones de presente, pasado y futuro propias de la serie A. En consecuencia, trabajos clásicos como el de Mellor (1981 89-102), o todavía uno mucho más reciente como el de Smith (2011), siguen centrando su acercamiento a la serie A, en términos de su presunta inconsistencia. Es a este cargo que intentaremos responder.

Enfoquémonos, ahora sí, en el fenomenólogo francés. A la hora de explorar su filosofía para buscar en ella la base para una comparación con la paradoja de McTaggart, encontramos que en una de las pocas interpretaciones hechas de su obra desde el campo de la filosofía analítica –y, a su vez, uno de los únicos que intenta un cruce siquiera *terminológico* con las discusiones iniciadas en McTaggart–, a saber, el *Merleau-Ponty* de Priest (1998), el “subjetivismo” de Merleau-Ponty con respecto al tiempo es presentado de una manera desafortunadamente distorsionada, incompatible con el cruce que queremos establecer.¹ Priest introduce de forma “dosificada” las piezas de apoyo textual de su interpretación, de modo tal que, en un primer momento de su exposición –que *no* desmiente a la hora de agregar nuevos elementos de análisis–, atribuye a Merleau-Ponty un subjetivismo en el sentido de un mero “idealismo empírico” (para el cual, la circunstancia de que todo *objeto* sea “dependiente de una conciencia” no significa que la propia estructura de aquello subjetivo se modifique al establecer esta dependencia). Mientras que, en un segundo momento, avanza en la dirección de reconocerle al fenomenólogo un subjetivismo en sentido ya no idealista, sino “situacional” (según el cual el tiempo es subjetivo en un sentido intrínseco: solo podemos entender por tiempo el modo perspectivo de presentarse la realidad a una subjetividad situada), pero no comprendiendo que esta lectura *revoca* el desafortunado acercamiento inicial al sentido de la subjetividad del tiempo en la *Fenomenología de la percepción*, ni que el argumento clave para la tesis de que las determinaciones A son subjetivamente dependientes está en Merleau-Ponty mismo, no en McTaggart, a quien Priest erróneamente se la atribuye.

En efecto, en un primer momento, la lectura de Priest encadena cinco puntos clave: que a) la referencia merleau-pontiana, según la cual una sucesión de acontecimientos en el tiempo supone tácitamente una subjetividad, solo indicaría que, al *imaginar* un proceso temporal, estamos presuponiendo el punto de vista de la subjetividad que percibiera tal proceso (*cf.* Priest 125); b) al hablar del carácter “situado” de la subjetividad percipiente, Merleau-Ponty se referiría a su carácter *espacialmente* situado (*cf. ibd.*); c) el sentido de la subjetividad del tiempo sería para Merleau-Ponty simplemente el de un idealismo empírico, en contraste con un “realismo”, esto es, el problema en discusión sería si la *existencia* del tiempo o de los hechos temporalmente ordenados dependería de una subjetividad, pero no se estaría discu-

.....
 1 Esta tarea de delimitación polémica se nos presenta como tanto más necesaria en la medida en que los errores interpretativos de Priest no son señalados en las reseñas de Tartaglia (2001) ni Davis (2005).

tiendo la *estructura* misma de tal disposición temporal de los hechos, la cual bien podría darse “objetivamente” (cf. *id.* 125, 126, 127); d) en consonancia con las tesis anteriores, la tesis del “fraccionamiento” de los acontecimientos por parte de un sujeto situado tendría que estar refiriéndose en rigor a una *selección* de acontecimientos ejercida sobre una multiplicidad ya dada, selección que estaría guiada por intereses pragmáticos (cf. Priest 129), y e) la referencia merleau-pontiana a que el cambio presupone “un cierto lugar” sería una inferencia –un *non sequitur*, por lo demás– desde el problema del cambio al de la percepción subjetiva de este cambio (cf. *id.* 127). Pues bien, todas estas tesis son, desafortunadamente, erradas y se trata, más exactamente, de errores encadenados unos con otros, que impiden que quede manifiesto el sentido específicamente *situacional* del subjetivismo merleau-pontiano sobre el tiempo.

Priest tiene que interpretar la idea del “fraccionamiento” de los acontecimientos por parte de la subjetividad en los términos de una selección pragmática de acontecimientos, precisamente porque no comprende tampoco que la subjetividad del tiempo concierne a *su estructura misma*, la cual no puede concebirse sin sujeto, ni que el “punto de vista” al cual se refiere Merleau-Ponty no es naturalmente uno espacial, sino justamente una posición *en el tiempo mismo*, cosa que el fenomenólogo, de hecho, declara explícitamente. Veamos uno de los pasajes clave:

Los “acontecimientos” son fraccionados por un observador finito en la totalidad espacio-temporal del mundo objetivo. Pero, si considero al mundo en sí mismo, no hay más que un solo ser indivisible y que no cambia. El cambio *supone cierto lugar en que me sitúo* y desde donde veo desfilar a las cosas; no hay acontecimientos sin un alguien al que ocurren y cuya perspectiva finita funda la individualidad de aquellos. El tiempo supone una visión, *un punto de vista*, sobre el tiempo. (1985 419, énfasis agregado, traducción modificada)

Se identifica claramente, a la luz de estas proposiciones, una serie de tesis de Merleau-Ponty: la idea del fraccionamiento de los acontecimientos no se asocia a ninguna posición de tipo pragmatista, pero sí está puesta en paralelo con una referencia a que la “individualidad” de tales acontecimientos está “fundada” en una perspectiva finita, mientras que, con prescindencia de ella, “no hay más que un solo ser indivisible”. El sentido del pasaje es, pues, evidente: es solo en virtud de que la subjetividad tiene una perspectiva finita que, en lugar de percibir un solo ser indivisible, fragmenta esa totalidad y la convierte en una sucesión de acontecimientos individuales. En este contexto, es claro también que el lugar en donde me sitúo, como el punto de

vista, no hace referencia a un lugar *espacial*, sino que Merleau-Ponty piensa la idea de “lugar” como una metáfora de la forma en que solo percibimos el tiempo *desde un cierto punto de vista* en la totalidad del curso temporal mismo; así pues, estamos “en” un momento, con su punto de vista, de manera análoga a como estamos en un lugar, y desde tal momento es solamente una parte finita de la realidad la que podemos percibir. “Nada más hay tiempo para mí”, insiste Merleau-Ponty más adelante, “*porque estoy situado en él*, porque me descubro empeñado en él, eso es, porque todo el ser no se me da en persona” (1985 431, énfasis agregado, traducción modificada). Asimismo, cabe recordar, que la manera en que Merleau-Ponty retoma el problema del tiempo en las “Notas de trabajo” de *Lo visible y lo invisible* lo hace decir que “todo análisis del tiempo *que lo sobrevuela* es insuficiente” (2010 165; énfasis agregado), que el tiempo solo es “asible por *quien está allí, está en un presente*” (*id.* 171; énfasis agregado).

Ahora bien, este abordaje en torno a cómo el tiempo supone una subjetividad situada, que fragmenta la totalidad de lo real en una multiplicidad de acontecimientos sucesivos, naturalmente tiene implicaciones clave para la comprensión del sentido de las determinaciones A de presente, pasado y futuro. En efecto, podemos distinguir –como retomaremos más adelante– dos tesis en el acercamiento merleau-pontiano. Por un lado, para Merleau-Ponty, la circunstancia de que exista una multiplicidad de acontecimientos en el tiempo solo es concebible desde una perspectiva *en* el tiempo mismo. Por otro, depende de tal perspectiva, en particular, la existencia de las determinaciones A –lo cual es una tesis más débil, en la que nos interesa centrarnos ahora–. Esta posición aparece planteada de forma bastante explícita cuando Merleau-Ponty, criticando la perspectiva de la filosofía trascendental –para la cual los momentos del tiempo serían en su totalidad objetos constituidos por la conciencia, solo en virtud de lo cual resultaría posible la síntesis de los diferentes momentos en una temporalidad única–, objeta:

No está ya [la conciencia constituyente] asediada por el presente y [...] *camina libremente de un pasado y un futuro, que no están lejos de ella –porque los constituye en pasado y en futuro y son sus objetos inmanentes–, a un presente que no está cerca de ella* porque nada más es presente por las relaciones que plantea entre él, el pasado y el futuro. Pero precisamente una conciencia así liberada, *¿no ha perdido toda noción de lo que puedan ser futuro, pasado e incluso presente?* [...]. El tiempo como objeto inmanente de una conciencia es un tiempo nivelado, en otros términos, no es ya tiempo. No puede haber tiempo más que si no está completamente desplegado [...]. El tiempo constituido [...] no es el tiempo, es su registro final [...]. *Es espacio, puesto que sus momentos coexisten ante el*

pensamiento, es presente, porque la conciencia es contemporánea de todos los tiempos. (1985 423, énfasis agregado)

Es clara, pues, la posición de Merleau-Ponty frente a un intento de reconstrucción “no situacional” (o, en palabras de Dummett, que veremos más adelante, una “descripción completa”) del tiempo: si abordáramos el tiempo no ya desde un punto de vista temporal, sino como objeto de la mirada de una conciencia liberada, la cual camina libremente entre los distintos tiempos, que es contemporánea de todos ellos, que no está lejos del pasado y el futuro ni, correlativamente, cerca del presente, que encuentra al tiempo desplegado ante ella, entonces esta conciencia no puede dar sentido alguno a la presunta distinción entre presente, pasado y futuro, puesto que los momentos que tendrían que instanciar las diferencias entre estas tres determinaciones aparecen mutuamente nivelados en su presentarse simultáneo a la conciencia.

La tesis del “recorte” efectuado por la subjetividad sobre lo real, como sustento de la existencia del tiempo, significa asimismo –como ya hemos comenzado a ver– una cierta tesis *negativista* sobre lo no presente. Que “todo el ser no se me da en persona” significa que futuro y pasado se *definen* precisamente por su carácter de excluidos de la perspectiva presente, por quedar por fuera del recorte que cada perspectiva finita presente hace sobre lo real. Es en esta línea que, ahondando en el análisis, Merleau-Ponty señala:

Si separamos el mundo objetivo de las perspectivas finitas que dan a él [...], no podemos encontrar en él, por todas partes, más que “ahoras”. Mas, estos ahora, al no estar presentes a nadie, no tendrían ningún carácter temporal y no podrían sucederse. (1985 420, traducción modificada)

Una vez más: sin una perspectiva finita que permita establecer una diferencia entre el “fragmento” de ser que se “da en persona” y el que no, no podemos ya diferenciar el presente del pasado y del futuro, nos quedamos sin más que “ahoras”. Pero, naturalmente, sin una subjetividad ante la cual “sucederse”, los distintos ahora “no tendrían ningún carácter temporal”, no podrían –como los momentos ante la conciencia trascendental constituyente, que veíamos en el pasaje correspondiente– distinguirse según los caracteres de presente, pasado y futuro.

Vemos así, esquemáticamente, que Merleau-Ponty nos presenta *dos* tesis situacionales con respecto al tiempo, la segunda es la central para el problema de este trabajo: ante todo, tenemos, en primer lugar, una tesis *fuerte*, según la cual la presentación misma de lo real, como una multiplicidad de acontecimientos –y, por lo tanto, la circunstancia de que sean posibles no solo hechos presentes, pasados

o futuros, sino incluso hechos que tengan entre sí las determinaciones B de anterioridad, simultaneidad o posterioridad–, es inconcebible sin la fragmentación de la totalidad de lo real por un punto de vista situado. Para los efectos de este trabajo, no necesitamos seguir a Merleau-Ponty en esta tesis.² Pero, en segundo lugar, tenemos una tesis situacional *débil*, que, aunque forma parte del mismo tipo de argumento, cobra centralidad en pasajes como allí en donde aparece la referencia de Merleau-Ponty a la filosofía trascendental: la tesis de que, *específicamente*, las nociones de presente, pasado y futuro solamente pueden ser atribuidas a los diferentes momentos en virtud de las relaciones que estos tengan con una subjetividad situada.

Pues bien, como hemos visto al reconstruir la primera parte de su análisis, Priest no llega a captar estos puntos y es por eso que no reconoce el auténtico sentido del subjetivismo merleau-pontiano en torno a la temporalidad, ni siquiera cuando, al preguntarse “*cuánto* del tiempo es dependiente del sujeto” (129, énfasis agregado), esto es, al establecer un cruce con McTaggart distinguiendo en el tiempo dos “partes”, la serie A y la B, estaría en condiciones de notar que su propio señalamiento de que la primera de estas series depende de la relación con un “punto cero” subjetivo puede ser reconstruida a partir del propio Merleau-Ponty (lo cual supondría, claro está, rectificar los señalamientos iniciales en torno a un punto de vista *espacial* o a un recorte en sentido pragmático). Pero, incluso en este momento de la exposición, el intérprete británico incurre en confusiones al respecto:

Por un lado, le recrimina a Merleau-Ponty que para este “todo” el tiempo es subjetivo -tanto la serie A como la serie B- y que este problema surgiría de que aquél habría sido incapaz de distinguir las nociones de pasado, presente y futuro respecto de las de anterioridad y posterioridad (*cf.* Priest 129). Pero este primer reproche, de ser mantenido de forma consistente, significaría al menos -según veremos- reconocerle a Merleau-Ponty que *efectivamente nota* que las determinaciones A dependen de la relación con un sujeto -lo cual hace a su “subjetivismo” muy diferente de la versión idealista que había malinterpretado inicialmente Priest- y criticarle únicamente extender esa dependencia subjetiva a las determinaciones B; esto es, de las dos tesis situacionales que acabamos de distinguir, se reconocería a

2 Por lo demás esta tesis fuerte es probablemente falsa: aunque la imagen de “un solo ser indivisible y que no cambia” sea introducida por el fenomenólogo solamente a modo de contrafáctico, no queda claro de qué modo este “ser indivisible” podría condensar, en una simultaneidad, estados mutuamente incompatibles de cosas, que luego una mirada situada se limitara a poner en sucesión. La idea de un “ser indivisible” tendría que ser, literalmente, incoherente.

Merleau-Ponty la formulación de la tesis débil y se le recriminaría –posiblemente con justicia– una de las consecuencias de la tesis fuerte.

Por otro lado, sin embargo, Priest no solo no corrige en este momento de su exposición la atribución inicial a Merleau-Ponty de un subjetivismo no situacional sino idealista, sino que termina abordando la tesis de la dependencia subjetiva de las determinaciones A –a favor de la cual Merleau-Ponty, según vimos, realiza explícitamente una argumentación– simplemente como una posibilidad que, en un acto de caridad hermenéutica, podríamos concederle al fenomenólogo para cimentar sus tesis.

En efecto, Priest señala que el “componente de verdad en el subjetivismo de Merleau-Ponty sobre el tiempo es que pasado, presente y futuro” –nótese: no el tiempo en general– “sí surgen de nuestras relaciones con ‘las cosas’” (131) y que el hecho de que un evento sea pasado, presente o futuro “es una propiedad que ese evento tiene solamente en una relación temporal con un sujeto”, y una relación, según aclara inmediatamente, *situacional*: “Si un evento ocurre *en el momento en que estoy* (*when I am*), entonces es presente; si ocurre antes del momento en que estoy, es pasado; si ocurre después del momento en que estoy, es futuro” (*id.* 130, énfasis agregado). Pero si “Merleau-Ponty no ve esto”, esto es, concibe *el tiempo en su totalidad* como subjetivamente dependiente, es

[...] porque asimila demasiado estrechamente los conceptos de antes y después y los conceptos de pasado, presente y futuro. No logra ver que aunque “antes” y “después” son necesarios para definir “pasado” y “futuro”, “pasado” y “futuro” no son necesarios para definir “antes” y “después”, y un mundo de acontecimientos objetivos podría existir [...] sin [que] por eso esté objetivamente (independientemente del sujeto) ordenado en eventos pasados, presentes y futuros. Podría usar un famoso argumento de McTaggart para concluir que la *temporalidad* del antes y el después depende del pasado y futuro. (*ibid.*)

Solo depende de estos, se entiende, la *temporalidad* del antes y el después, y no la *existencia misma* de esa relación de eventos en serie –en una serie B–. Esto, como anticipábamos, parecería poder leerse como una crítica al pasaje que va desde la tesis situacional débil –tesis que, según esta lectura, Priest efectivamente le atribuiría a Merleau-Ponty y con la que concordaría– hacia una de las consecuencias de la tesis situacional fuerte –con la cual estaría en desacuerdo–. Pero Priest *no* señala que la tesis situacional débil que él mismo defiende es, como vimos, explícitamente esgrimida por Merleau-Ponty en contra de la filosofía trascendental; más aún, llega a decir que “Merleau-Ponty *no nos da ningún análisis de ‘pasado’, ‘presente’ y ‘futuro’*” (130,

énfasis agregado), y que por eso es necesario definir estos términos en el sentido situacional que vimos. Como es claro, Merleau-Ponty no introduce “definiciones” explícitas a la manera en que las plantea Priest, pero evidentemente *sí* nos ofrece, al cuestionar la sostenibilidad de un tratamiento no-situacional como el de la filosofía trascendental, un tipo de análisis de las tres determinaciones A.

Habiendo repuesto así el auténtico sentido *situacional* del subjetivismo de Merleau-Ponty en torno al tiempo, pasemos ahora a mostrar por qué, así comprendida, la doctrina merleau-pontiana exhibe implicaciones para el debate de la paradoja de McTaggart. Para ello, abordemos un eje particular en el tratamiento de esta última que presenta notorias cercanías con Merleau-Ponty.

Dummett, McTaggart y la imposibilidad de una “descripción completa” de la realidad

Nos referimos, en concreto, al abordaje presentado en Dummett (1960).³ En este trabajo, el autor intenta, según enuncia su propio título, una defensa de la paradoja de McTaggart en la medida en que muestra la pertinencia y profundidad filosóficas de la problematización, que considera que deben reconocerse incluso si no compartimos su *resultado* contraintuitivo. En particular,⁴ esta defensa busca disipar la apariencia de que las tesis mctaggartianas no constituyen un problema más allá del plano del buen uso de los términos deícticos.⁵ Reconstruyamos, entonces, las implicaciones específicamente *ontológicas* del acercamiento de Dummett.

Su defensa –adelantemos– no es por sí sola ni pretende ser una *solución* a la paradoja. Y, notoriamente, entre las dos grandes mitades en las que se divide la argumentación mctaggartiana, el foco de la atención de Dummett no se centra en la segunda, que busca probar por qué algo como la serie A no podría ser real, sino en la primera, a saber, por qué el tiempo, en aparente contraste con otras realidades como el espacio, solo sería descriptible desde un punto de vista situado en el tiempo mismo, en virtud de requerir determinaciones “situacionales” como las de la serie A.⁶ Considera que la clave del problema, y

3 Reimpreso en Dummett (1978).

4 En contra de lo cual ha recibido réplicas como las de Lowe (1987) o Macbeath (1988), que consideran que la paradoja sí se apoya en un mero malentendido lingüístico.

5 Con lo que se ha convertido en un punto de apoyo para teóricos como Horwich (1987) o Craig (2000).

6 En rigor, el señalamiento de Dummett sobre lo que McTaggart demostraría es relevante no por referirse al tiempo *en contraste con* el fenómeno del espacio; podría pensarse que el no ser descriptible sin punto de vista es un resultado interesante

lo que por lo tanto tiene de metafísicamente interesante el trabajo de McTaggart, es que este

está diciendo que [...] una descripción de eventos en cuanto que está teniendo lugar *en el tiempo* es imposible, a menos que entren en ella expresiones deícticas temporales, es decir, a menos que la descripción sea dada por alguien que esté, él mismo, en ese tiempo. (Dummett 1960 501; cf. 1978 354)

Esto es, que no es posible describir una secuencia temporal desde –por decirlo en términos contemporáneos– un “punto de vista del Ojo de Dios”, sino que necesitamos un “alguien” en relación con cuya perspectiva podamos decir que ciertos eventos *ocurrieron*, otros *están ocurriendo* y otros *ocurrirán*. Esto es, alguien que experimentara eventos en sucesión –que es como se nos presentan en nuestra conciencia los fenómenos temporales– requeriría, para describir esta experiencia, diferenciar estos eventos según expresiones deícticas como “ahora”, o –cabe agregar, naturalmente– expresiones correspondientes para el futuro o el pasado, pero también ligadas a la “perspectiva” del observador, como “recién” o “pronto” (cf. Dummett 1960 501; 1978 354). Para Dummett solo llegamos a reconstruir el tiempo cuando incluimos el “movimiento” de nuestra conciencia, esto es, la circunstancia de que ella experimenta sucesivamente, como presentes, distintos momentos. Dummett ilustra esto con la siguiente analogía:

estamos [...] inclinados a suponer que lo que observamos en cualquier momento particular es un segmento tridimensional de una realidad física tetradimensional estática; pero a medida que viajamos a través de la estructura tetradimensional, observamos diferentes segmentos tridimensionales en diferentes momentos. Pero [...] la cuarta dimensión no se puede identificar con el tiempo más que lo que la ruta que alguien recorre puede ser identificada con el tiempo que pasa mientras él la recorre. *Si nuestro observador hipotético observa solo la configuración tetradimensional sin observar nuestro movimiento –el movimiento de nuestra conciencia– a través de ella, como alguien observando la ruta pero ciego al viajero, no ve todo lo que ocurre. Pero si también observa nuestro pasaje a través de ella, lo que está observando ya no es estático, y necesitará de nuevo expresiones deícticas para referirse a lo que observa. (ibid., énfasis agregado)*

incluso si se refiere al tiempo *al igual que* a estos dos fenómenos, como de hecho parece ser el caso, y a favor de lo cual ha replicado convincentemente Thomson. En consecuencia, nos servimos de estos señalamientos de Dummett incluso si, más adelante (cf. la siguiente sección), analizaremos este carácter del tiempo precisamente en analogía con su equivalente espacial.

En otros términos: cabría comprender la totalidad de lo real como compuesta de cuatro dimensiones, y de esta manera, del mismo modo en que, con respecto al espacio, asumimos que existe una realidad tridimensional *ya dada* que simplemente *atravesamos*, a través de la cual *viajamos*, así también podríamos pensar la sucesión de nuestras experiencias como un viaje a través de una realidad *estática* de cuatro dimensiones, realidad que (para quien pudiera observarla de esa forma tetradimensional) *no cambia* pero de la cual vamos captando diferentes segmentos tridimensionales cada vez. Ahora bien, para Dummett, la cuarta dimensión de esta realidad estática *no sería* el tiempo, entendiéndolo justamente como lo distintivo de nuestra experiencia, en cuanto una que *no* es estática. Podríamos decir que esta cuarta dimensión representa, en un cierto modelo, al tiempo, pero un observador que se atuviera a este modelo estático no tendría la experiencia del tiempo mismo; para recuperar tal experiencia, esto es, para recuperar el cambio, necesitamos abandonar una descripción *no situada* de la realidad y referirnos a ella con expresiones deícticas, distinguir entre lo que ocurrió, ocurre u ocurrirá, lo cual supone colocarse en una perspectiva temporal particular, la del *presente*. (Naturalmente, a medida que el tiempo va transcurriendo, el carácter de presente va siendo adquirido por momentos siempre diferentes, pero siempre estaremos describiendo desde un presente, no desde el no-lugar de quien pudiera observar todo lo real en simultaneidad).

El problema es, como es natural, la consecuencia que de este primer resultado extrae el propio autor de la paradoja; esto es, cómo es que, una vez que “la primera parte del argumento de McTaggart establece que lo que está en el tiempo no puede ser descrito sin expresiones deícticas”, podría la segunda “permitirnos pasar de esto a la afirmación de que el tiempo es irreal”, en vez de asumir, por el contrario, que la primera de ellas ha demostrado ya “la realidad del tiempo en un sentido muy fuerte” en cuanto que “no puede ser [...] reducido a nada más” (Dummett, 1960 502; 1978 356).

Pues bien, es aquí donde Dummett pone en conjunción, con una *primera* tesis de gran importancia –la de que el análisis mctaggartiano mostraría la imposibilidad de describir el tiempo sin un observador situado–, *otra* tesis complementaria, que señala que para McTaggart la realidad *debe* ser algo tal que pueda describirse sin tales recursos. En palabras de Dummett:

McTaggart está dando por sentado que la realidad debe ser algo de lo que existe en principio una descripción completa [...]. La descripción de lo que realmente está ahí [...] debe ser independiente de cualquier punto de vista particular. Ahora, si el tiempo fuera real, entonces, dado que lo que es temporal no puede ser descrito completamente sin el uso

de expresiones deícticas, no existiría [...] una descripción completa de la realidad. Existiría *una*, por así decirlo, descripción máxima de la realidad, en la cual figuraría el enunciado “El evento *M* está sucediendo”, *otras* que contuvieran el enunciado “El evento *M* sucedió”, e incluso *otras* que contuvieran “El evento *M* va a suceder”. (Dummett 1960 503; 1978 356, énfasis agregado)

La distinción entre los dos tipos de descripciones, una única descripción “completa” y una variedad de descripciones “máximas”, podría entenderse mejor, quizás, si denominamos a la primera como “absoluta”, para hacer justicia a las palabras de Dummett, que la entiende como “independiente de cualquier punto de vista particular”. Es decir, el problema con el tiempo radica en que una descripción de la realidad entendida como temporal nunca podrá directamente *prescindir* de puntos de vista para mostrarnos lo real como dado de una vez, sino simplemente *multiplicarlos*: el evento *M* podrá ser descrito tanto en términos de presente como en términos de pasado o de futuro, según “desde dónde” lo veamos, pero esto es todo lo que podemos obtener, no una descripción en la que *M* carezca de *toda* determinación deíctica. Pensar la realidad de esta manera es incompatible con una visión plausible de que nuestras perspectivas finitas, situadas, son perspectivas *sobre* algo real que debería ser descriptible con prescindencia de ellas. Sobre la base de considerar este supuesto ontológico de carácter general, Dummett cree que finalmente ha podido reconstruir los fundamentos de la argumentación mcTaggartiana:

[...] me siento [...] inclinado a creer que debe existir una descripción completa de la realidad [...] que de cualquier cosa que sea real debe haber una descripción completa –es decir, independiente del observador–. Por lo tanto, dado que la primera parte del argumento de McTaggart [esto es, que el tiempo requiere una serie *A*] es ciertamente correcta, parece seguirse su conclusión de que el tiempo es irreal. (Dummett 1960 503; *cf.* 1978 356)

De esta manera, el argumento de McTaggart sobre el carácter contradictorio del tiempo pasaría a comprenderse mejor, según Dummett, una vez que le damos la siguiente forma: si el tiempo no puede ser descrito sin expresiones deícticas, y lo real *debe* poder ser descrito sin ellas, entonces el tiempo no puede ser real.

Una vez llegado hasta aquí, el último paso de la exposición de Dummett, para no tener que concluir, con McTaggart, que el tiempo no existe, no consiste ya en pensar una *reconstrucción* alternativa del argumento que revele alguna debilidad en él: afirma simplemente que el problema de demostrar la irrealidad del tiempo es que no da cuenta

en absoluto de, al menos, *la apariencia misma* de que los fenómenos son temporales, de *nuestra aprehensión* de ellos, incluso si el mundo mismo es estático (cf. Dummett 1960 503; 1978 356). De modo que, en todo caso, si no podemos concluir que el tiempo es irreal, “entonces el argumento de McTaggart muestra que debemos abandonar nuestro prejuicio de que debe haber una descripción completa de la realidad” (Dummett 1960 504; 1978 357).

Resumiendo, la interpretación de Dummett atribuye a McTaggart las siguientes tesis:

1. La descripción de un fenómeno en el tiempo requiere de una descripción situada, apoyada en el punto de vista de alguien (*someone*) en el tiempo mismo.
2. El tiempo debe ser susceptible de una descripción completa, es decir, sin punto de vista.
3. Es en virtud de la tensión entre la naturaleza del tiempo y los requisitos que definen a la realidad que el tiempo no puede ser real.⁷

Pues bien, antes de pasar a discutir el problema filosófico mismo, es importante terminar de comprender la posición del propio McTaggart, y para esto debemos señalar que atribuirle la tesis 3 es manifiestamente un error.⁸ Hacerlo simplemente no nos ayuda a entender cómo salir de la paradoja, de la cual esta tesis es una mala reconstrucción, poco fidedigna: McTaggart no está diciendo tan solo que el tiempo es irreal, sino que es irreal *porque es en sí mismo contradictorio*, y esta última característica claramente no se conserva si

7 La atribución a McTaggart de estas tesis por parte de Dummett es bastante explícita, aunque admite diferencias: de la tesis 1 se nos dice que el autor de la paradoja la “afirma” (*is saying*); de la tesis 2, que la da por sentada (*is taking for granted*). Dummett no llega a atribuir con la misma explicitud al propio McTaggart la idea *de que es esta tensión* la que lo conduce a afirmar la irrealidad del tiempo –Dummett podría estar simplemente analizando lo que el argumento efectivamente nos revela, *haya sido consciente McTaggart o no*, y por eso es que considera la posibilidad de que la paradoja pruebe la falsedad del presupuesto ontológico general señalado en la tesis 2 y no la irrealidad del tiempo–, pero el hecho de que se refiera a lo que McTaggart “da por sentado” indica, enfáticamente, que en efecto está pretendiendo reconstruir no solo el problema mismo, sino también la posición del propio autor de la paradoja, que, por lo demás, Dummett no nos da elementos para entender de ninguna otra manera. De modo que sería legítimo considerar que la interpretación de Dummett sobre la posición de McTaggart le atribuye a este también la tesis 3.

8 También, en rigor –aunque no nos detendremos en esto por cuestiones de extensión– lo es atribuirle la tesis 1. McTaggart no se inclina a favor de la tesis de que las determinaciones A son subjetivo-relativas, sino que declara enigmático con respecto a qué es que pueden variar las determinaciones de un momento temporal (cf. McTaggart 1927 20).

nos limitamos a decir que la tensión concerniente al tiempo no se da en la descripción del tiempo mismo sino *entre* tal descripción –que aparecería ella misma, en principio, como si fuera consistente– y un presupuesto ontológico general. El señalamiento de que la estructura de la temporalidad desafía las pretensiones de una descripción completa de lo real resulta clave –como veremos– para la solución de la paradoja, pero Dummett no nos dice de qué modo abandonar tales pretensiones y aceptar describir el tiempo desde un punto de vista situado disolvería la paradoja entendida como señalamiento, en concreto, de una presunta *contradictoriedad*. Que Dummett no elabore un argumento apoyándose en la renuncia a una descripción completa para intentar mostrar sobre esa base por qué el tiempo no conduce a la contradicción que McTaggart cree encontrar, resulta una insuficiencia. Intentaremos a continuación subsanarla.

Una solución situacional para la paradoja de McTaggart

Hemos visto hasta aquí dos enfoques, el de Merleau-Ponty y el de Dummett, que confluyen, desde distintas problemáticas y puntos de vista, en remarcar un carácter “situacional” de la realidad temporal. Nos queda, no obstante, aplicar en concreto estos análisis para elaborar una solución a la paradoja de McTaggart, y en particular “medir” estos enfoques, centrados en el rol determinante de una conciencia *situada en el presente*, con la insistencia mctaggartiana de que ninguna determinación A –ni *a fortiori* la de presente– es poseída con carácter absoluto por un momento, con lo cual sería arbitrario detener la “relativización” de tales determinaciones al llegar a una perspectiva puntual que sería *el presente* (y no con igual justicia pasado o futuro). Para abordar este problema, tendremos que recurrir nuevamente a Merleau-Ponty, a través de la esclarecedora interpretación de Bimbenet, pero dando un rodeo: el análisis de un problema similar al que nos ocupa ahora pero en referencia al espacio. Intentaremos, pues, apelando a un recurso tradicional en los debates contemporáneos sobre el tiempo, iluminar los problemas concernientes al “ahora” comparándolos con los concernientes al “aquí”.

En efecto, Bimbenet reconstruye la espacialidad merleau-pontiana señalando, por una parte, un aspecto básico ya heredado del análisis de Husserl: vivimos el espacio de manera “egocéntrica”, nunca podemos “abandonar el espacio vivido [...] centrado sobre el ‘punto cero’ o el ‘aquí central último’ que es mi cuerpo” (103-104); esto es, existe una distinción cualitativa básica en el espacio, entre un aquí definido por la localización de mi cuerpo, desde donde percibo, y los lugares que no son el aquí, en los que no se centra mi percepción. Ahora bien, por otro lado, pese al carácter inevitablemente localizado de nuestra

percepción, es claro que existe también una relación más simétrica que da entre los puntos espaciales, como lo revelan las concepciones “objetivas” del espacio, relación que hay que compatibilizar con el primer aspecto. ¿Cómo es posible equiparar los distintos puntos espaciales, dada la insuperable situacionalidad de nuestra percepción? Bimbenet establece el punto de esta manera:

La objetivación del espacio implica una extraña peregrinación virtual: yo veo la cosa desde aquí, pero [...] yo podría también verla de allí, de allí y de allí, *ad libitum*. Ella es el objeto de una multiplicidad de miradas posibles sobre ella o de una multiplicidad perspectiva; como dice Merleau-Ponty, “la casa misma no es la casa vista desde ninguna parte, sino la casa vista de todas partes [...]”. (*id.* 103; *cf.* Merleau-Ponty 1985 88)

La diferencia establecida por Merleau-Ponty con el ejemplo de la casa, y retomada aquí por Bimbenet, es crucial: superar la unilateralidad de una percepción significa *multiplicar* los puntos de vista, no *suprimir* la inhesión a algún punto de vista; describir “la casa misma” supone irreductiblemente una multiplicidad, una suma de descripciones espaciales diferentes, y no una única mirada omnilateral. Ampliando el alcance del ejemplo de la casa, y refiriéndose a la realidad espacial en su conjunto, Bimbenet retoma la distinción merleau-pontiana entre “mundo” y “universo”, en la que destaca el carácter *múltiple* del primero en oposición al segundo, que tiene que recordarnos el contraste que establece Dummett entre una variedad de descripciones máximas de la realidad y la presunción de una descripción completa. Bimbenet señala, siguiendo a Merleau-Ponty: “el ‘mundo’, es decir, ‘una multiplicidad abierta e indefinida’, no es ‘el universo’, es decir, ‘una totalidad acabada, explícita’” (103; *cf.* Merleau-Ponty 1985 91). En otras palabras, tenemos la contraposición entre

un punto de vista que se intercambia lateralmente con otros puntos de vista posibles, y el sueño intelectualista de una mirada milagrosamente liberada de su anclaje en un punto de vista [...] Llegamos al mundo por la multiplicación de los puntos de vista, no por su abolición. (Bimbenet 103, énfasis agregado)

Explicitemos un pequeño paso que nos permitirá, un poco más adelante, volver al problema del tiempo: mi cuerpo propio, centro de mis perspectivas, puede ser visto de esta manera instituyendo una diferencia cualitativa entre el aquí, desde el cual actualmente percibo, y los lugares que no son aquí, desde los cuales *podría* más adelante percibir (con los cuales puede “intercambiarse lateralmente”), esto es, los “allí”. En consecuencia, la equivalencia de los distintos puntos espaciales, la relación *simétrica* de la que hemos hablado más arriba, significa,

así, simplemente la posibilidad de *cambiar* de aquí, cambiar el punto espacial particular –digamos, el punto *a*– que tiene ese rol y desde el cual otro –digamos, *b*– es un allí, pero no significa que desaparezca la relación *asimétrica* en virtud de la cual, dentro de cada perspectiva sobre lo real hay inevitablemente *algún* punto espacial diferenciado de los otros como aquí –aunque esta vez el aquí vaya a ser *b* y el allí, *a*–.

Decir, en relación con el espacio, algo en la línea de la paradoja de McTaggart –a saber, que cada aquí puede ser también un allí y viceversa–, a menos de que caigamos en una regresión al infinito de relativizaciones espaciales,⁹ no sería descubrir una inconsistencia, sino expresar de manera poco clara *dos relaciones distintas*: la asimetría aquí-allí de los distintos puntos espaciales dentro de una perspectiva y la simetría de los mismos puntos entre perspectivas distintas, es decir, la posibilidad de revertir (no anular) qué punto particular es el que adopta el valor de ser el aquí. Bimbenet presenta sintéticamente el punto cuando señala: “Podemos escapar a nuestro *situs* sin, no obstante, escapar a todo *situs*, he ahí lo que hay que comprender” (103).

Es importante destacar en este punto por qué la relación *simétrica* entre los distintos puntos espaciales no elimina, no “engulle”, la relación *asimétrica*: quedarnos con la primera, a costa de la segunda, significaría suponer una experiencia del mundo en la cual los distintos lugares del espacio quedarán equiparados, no *potencialmente* sino *en acto*. La idea del mundo como multiplicidad abierta indica precisamente que la *posibilidad* de adoptar distintos puntos de vista no es una que encontremos de antemano realizada; podemos *explorar* la realidad espacial, pero no todos los paisajes se encuentran ya desplegados ante nosotros. Intentar suprimir la relación asimétrica entre los puntos espaciales, en aras de la relación simétrica, equivaldría a suprimir de conjunto todo aquí y percibir el mundo *sin ningún* punto de vista.

Tras este excursus por la cuestión del espacio, podemos retomar el problema del tiempo, no sin antes hacer dos precisiones.

En primer lugar, puede objetarse que si vamos a tomar el espacio como modelo para un análisis del tiempo, esta analogía ya invalida de antemano nuestro abordaje, puesto que estaríamos *espacializando* el tiempo. No creemos que este sea el caso: es posible insistir en que, incluso si tiempo y espacio son, en un plano abstracto de análisis, formas de perspectividad de nuestra experiencia y ambos están estructurados sobre la base de un punto cero –el aquí en un caso, el presente en el otro–, la diferencia obvia que perdura entre espacio y tiempo es que respecto del primero podemos, hasta cierto punto, *elegir* la perspectiva que tenemos sobre las cosas, lo que no ocurre

9 Luego aplicaremos esto a la paradoja misma, esto es, al tiempo.

respecto del segundo; este es un sentido –bastante mínimo– en el que cabe hablar de un “flujo” del tiempo, mientras que las perspectivas espaciales no fluyen, las vamos adoptando a partir de los movimientos de nuestro propio cuerpo.¹⁰

En segundo lugar, al distinguir del modo recién señalado el tiempo respecto del espacio, no necesitamos, para preservar lo distintivo del primero, recargar la noción de presente estableciendo algo así como un “presente objetivo” que contrastara con la ausencia de un “aquí objetivo”. Sin embargo, que nuestra posición en el tiempo, a diferencia de la del espacio, sea *involuntaria* no quiere decir que entre dos momentos uno de ellos sea de modo objetivo el presente. Pese a no recargarlo de esta manera, lo que retenemos para el presente es el sentido básico de ser el punto cero temporal de una descripción, así como el aquí es su punto cero espacial.

Esta segunda precisión es importante a la luz de los debates actuales sobre el tiempo. En efecto, la división de las elaboraciones anglosajonas, siguiendo las series de McTaggart, entre una “A theory”, centrada en reconstruir la realidad temporal a partir de la irreductibilidad de presente, pasado y futuro, y una “B theory”, que querría reducir las relaciones temporales a las de anterioridad, posterioridad y simultaneidad, ha sido planteada por una serie de autores (con bastante claridad por Butterfield [161] y más recientemente por Smith [233-234]), en términos tales que la primera de ellas no se compromete exclusivamente, contra McTaggart, con algún tipo de *realidad* para las determinaciones A –librándolas, por lo tanto, del cargo de inconsistencia–, sino con la tesis, más fuerte, de que se trataría de una realidad *objetiva*; la tesis de que, a diferencia precisamente del caso del aquí, que sería simplemente el lugar donde estamos, sin poseer por ello privilegio metafísico alguno, el ahora tendría, por el contrario, un carácter objetivo, de modo tal que habría, entre las perspectivas temporales de dos sujetos, una forma de determinar cuál de ellas es *la* presente. Por el contrario, para el teórico B, *yo* tengo que decir que el siglo actual es el XXI, pero un sujeto que hablara en el siglo XVIII habría considerado, con igual razón, que ese era el siglo presente, y la pregunta sobre si *el* presente es el nuestro o el de este otro sujeto tiene una respuesta tan trivial como la de cuál es *el* aquí: obtenemos cada respuesta, simplemente, atendiendo a las circunstancias de enunciación (el tiempo o el lugar, respectivamente) de la proposición correspondiente (cf. Mellor, en particular 56-57). Reforzada de esta ma-

10 Merleau-Ponty no desarrolla esta diferencia a los efectos de obtener una distinción explícita entre el tiempo y el espacio, pero la deja planteada tácitamente al abordar, por ejemplo, la forma en que podemos escoger, a partir de nuestro propio cuerpo, nuestra perspectiva espacial sobre los objetos (cf. Merleau-Ponty, 1985 108 y ss.), algo para lo cual naturalmente no hay contraparte temporal.

nera, la noción de presente lleva al teórico A a enfrentar una serie de objeciones (como el problema epistémico sobre cómo podríamos *saber* que es justamente *nuestra* perspectiva la que corresponde al presente objetivo, cf. Parsons 2002 14-16), las cuales, sin embargo, no *necesitamos* enfrentar a la hora de defender nuestra solución situacional merleau-pontiana para la paradoja de McTaggart. Es precisamente esto lo que queda manifiesto cuando asimilamos, hasta cierto punto, el ahora al aquí, en lugar de buscar una mayor objetividad para el primero que para el segundo. Lo único que necesitamos afirmar sobre el presente, para eliminar la presunta inconsistencia que señala McTaggart, es que –de manera análoga al caso del aquí respecto del espacio– se trata de un punto cero que *está presupuesto* en la diferenciación cualitativa de los momentos temporales; es decir, el presente es aquello que nos permite hablar, correlativamente, de pasado y de futuro.

Y aquí es donde vemos cómo cuando Dummett se acercaba a la paradoja de McTaggart, tomando como problema clave la necesidad de que toda descripción de la realidad esté situada en un punto de vista *en* el tiempo, esbozaba una solución cuya forma más explícita podemos encontrar en la polémica análoga de Merleau-Ponty contra la filosofía trascendental. Este punto clave es, como hemos visto en los pasajes correspondientes, si una descripción de la realidad temporal pretende realizarse *sin* partir de algún punto de vista subjetivo en el cual sostener la totalidad de las determinaciones temporales, *entonces lo que tendremos no es, como pretende McTaggart, una contradicción siempre reiterada, y basada en la circunstancia de que cada evento o momento aparece como sobredeterminado por tres caracteres temporales incompatibles a menos que volvamos a relativizarlo, sino, por el contrario, una absoluta indeterminación en cuanto a caracteres de presente, pasado o futuro*. Al no admitir ningún punto cero (que sea fijo dentro de una descripción) *sobre el cual* fundar las determinaciones A –puesto que, recordemos, cada presente puede ser visto también como pasado y futuro–, *en rigor nada tendrá un carácter de presente, pasado o futuro, y mal podremos pensar que hayamos llegado a refutar la existencia de un tiempo con determinaciones A si ni siquiera hemos llegado a reconstruirlo; no tendremos –como cree erróneamente McTaggart– una “irrealización” de la serie A en la medida en que esta sucumbe a sus propias contradicciones una vez que hemos intentado “construirla”, sino que simplemente nunca habremos llegado a describirla*.

Como vemos, el rol que estamos atribuyendo a la noción de presente, como punto cero *ya presupuesto* para que existan siquiera las determinaciones A *dentro* de una descripción en particular, no excluye en absoluto la posibilidad de que puedan concebirse diferentes descripciones de la realidad apoyadas en diferentes momentos a los que

se les atribuya el rol de presente; más aún, es justamente un punto que estaba implícito en la tesis dummettiana acerca de lo real como aquello susceptible de una variedad de descripciones máximas. En consecuencia, quien rechazara la posibilidad de una solución situacional, como la que estamos sugiriendo aquí, apoyándose en las dificultades asociadas a la determinación de un momento como el presente, estaría simplemente cometiendo una petición de principio a favor de la idea de una descripción completa de la realidad. Podemos reconocer que entre descripciones máximas distintas de la realidad temporal no haya una de ellas –la mía que se apoya en el punto cero del 2013 y concibe al siglo XVIII en el pasado, o la de un sujeto del siglo XVIII que consideraría que *ese* es el presente– que sea la correcta; las dos descripciones pueden concebirse en pie de igualdad, en el sentido de que ambas pueden valer en principio como perspectivas sobre la realidad temporal. Pero incluso si un presente, el punto cero de una cierta descripción, puede describirse *también* como pasado o futuro, es indispensable subrayar que, justamente –y precisamente *en analogía* con el espacio–, no se trataría de una inconsistencia, como la que pretende detectar McTaggart, sino de la posibilidad de *otras* descripciones posibles de la realidad temporal, que tomarían también ellas *sus* puntos cero.

En otras palabras, se trata nuevamente –como vimos para el caso del espacio– de dos tipos de relaciones entre momentos temporales, una que es interna para *una* descripción de la realidad temporal (y, análogamente, la espacial) y otra existente *entre diversas* descripciones. El error de McTaggart (y de sus continuadores, como Mellor) consiste en desconocer esta diferencia. En concreto:

Por una parte, tenemos la relación, *simétrica*, entre un cierto “punto cero” temporal (llamémoslo *M*) que funciona como presente, y relega a los otros puntos a los roles de pasado o futuro, y otro punto (llamémoslo *N*) que, aunque es pasado o futuro desde el punto de vista del primero, puede también él tener el rol de presente. Teniendo en cuenta esta posibilidad de desplazar *M* por *N* al mismo rol de punto cero fundante, ningún momento temporal puede ser considerado como el presente.

Por otra parte, tenemos, sin embargo, *dentro de cada descripción*, la relación *asimétrica* que se sustenta en virtud de cierto punto cero, el presente, con respecto a otros momentos temporales, que quedan –solo en virtud de ello– determinados como pasados o futuros. Este segundo aspecto no solo no es contradictorio respecto del anterior, sino que es necesario si hemos de describir el tiempo: si elimináramos esta distinción cualitativa, recaemos, como ya se ha señalado, en un tiempo carente de toda determinación *A*.

Digamos, entonces, para esquematizar por última vez, que McTaggart, por una parte, no vio la *necesidad* de pensar un término

condicionante último para cada descripción del tiempo, y, por otra, no vio la *posibilidad* de hacerlo.

En concreto, en primer lugar, McTaggart no ve que, como señalábamos al comienzo, no podemos prescindir de un presente con respecto al cual fundar el conjunto de las determinaciones temporales, puesto que, si no lo hacemos, no tenemos momentos con determinaciones A incompatibles, sino momentos *sin* determinaciones A en absoluto, una coexistencia de momentos al modo de la que Merleau-Ponty le recriminaba a la filosofía trascendental.

Pero, naturalmente, a esto se podría replicar que, necesitamos o no un término condicionante último para poder describir el tiempo, esto no es, en absoluto, un argumento para afirmar que el tiempo es real. A un autor que, como McTaggart, está dispuesto a afirmar que nuestra experiencia del tiempo es una mera apariencia, poco le costaría pasar, de un “sin término condicionante último, *el tiempo es sobredeterminado, contradictorio*”, a un “sin término condicionante último, *el tiempo es indeterminado*”. La objeción de McTaggart seguiría siendo que *no hay* término condicionante último, que siempre debemos pensarlo como relativo a términos ulteriores, y si lo necesitamos para constituir el tiempo, pues tanto peor para la realidad de este.

Es por eso que, en segundo lugar, nuestra respuesta necesita avanzar hacia un siguiente paso. Lo que McTaggart no nota es que no solo necesitamos postular un término condicionante último –para cada descripción de un fenómeno temporal, no para todas–, sino que perfectamente *podemos* hacerlo: en rigor, en ausencia de un condicionamiento ulterior de este término por otros, no resulta en absoluto sobredeterminado, contradictorio, porque, según hemos visto, él es el que funda las determinaciones. Decir: “tomando el punto de vista M como presente, es posible describir ciertos otros momentos como pasados o futuros” no involucra contradictoriedad. Una vez que hemos asumido que cada punto cero es fundante de una descripción, M no tiene por qué ser pasado y futuro a la vez que presente, aunque pueda cobrar estos otros caracteres en otras descripciones –necesitadas a su vez de otros puntos cero–. De este modo no cometemos incoherencia alguna al tomar a M como presente y fundar una descripción de la realidad sobre él –una entre varias posibles, como enfatiza Dummett con su noción de descripciones máximas–.

Llegados a este punto, podemos ver la posición adoptada por McTaggart como una *inversión* de las relaciones temporales de fundamentación. En lugar de concebir (primera posibilidad) que si podemos determinar un momento como pasado o futuro, es porque ya hemos presupuesto un cierto término condicionante, es decir, presupuesto un cierto presente, y es por reconocerle tal rol que podemos describir los

otros momentos según sus correspondientes determinaciones A (en lugar de percibirlos como carentes de determinaciones A en absoluto, esto es, *ni* como presentes, *ni* como pasados, *ni como* futuros), en lugar de hacer esto *invierte el camino*. En otras palabras, McTaggart cree, más bien, (segunda posibilidad) que puede no haber término condicionante último de una descripción, que podemos *no estar presuponiendo* un cierto término que “funcione como” presente, y que, puesto que todo presente ha de ser también pasado o futuro, necesitamos relativizarlo, porque está *sobre-*determinado. McTaggart no ve un movimiento “hacia arriba”, desde un término condicionante que está necesariamente presupuesto hacia los términos o momentos condicionados –para evitar que estos queden completamente vaciados de determinaciones A–. Por el contrario, cree identificar un necesario movimiento “hacia abajo”, hacia términos condicionantes siempre nuevos, puesto que cada término al que quisiéramos asignar este rol en cuanto condicionante último, es decir, como presente, aparecerá presuntamente sobredeterminado.

Conclusiones

Podemos ahora establecer algunos resultados del presente trabajo:

1. La reflexión de Merleau-Ponty sobre el tiempo debe diferenciarse tajantemente del tipo de subjetivismo *idealista* que le ha sido atribuido por la interpretación de Priest. En otras palabras, el subjetivismo merleau-pontiano sobre el tiempo no tiene el carácter de un idealismo empírico, sino que asocia al tiempo con la subjetividad, a partir de la tesis específica, situacional, de que la realidad solo es temporal en virtud del modo *perspectivo* en que ella se da a un sujeto situado *en* el tiempo, incapaz de percibir simultáneamente el conjunto de lo real.
2. Asimismo, la “concepción situacional del tiempo” que hallamos en Merleau-Ponty permite, yendo más allá de los señalamientos de Dummett, atacar la tesis de que las determinaciones A involucren, específicamente, una *contradicción*. Aplicando los argumentos merleau-pontianos contra el trascendentalismo, podemos concluir que una reconstrucción del tiempo como la planteada por McTaggart no conduce a una *sobre-*determinación inconsistente de cada momento, sino a una *in-*determinación en virtud de la cual no se llega en absoluto a reconstruir el tiempo.
3. A partir de la reconstrucción de Bimbenet sobre el perspectivismo merleau-pontiano, podemos sacar a la luz un punto ignorado por McTaggart, así como por los defensores contemporáneos de la validez de su paradoja: el análisis de las determinaciones A requiere distinguir dos tipos de relaciones, esto es, por un

lado, la relación asimétrica –e indispensable– por medio de la cual, *dentro de una descripción*, un punto cero como el presente permite distribuir los valores de pasado y futuro, y, por otro lado, la posible equiparación *entre descripciones distintas* que se fundarían, cada una, en un distinto punto cero.

Bibliografía

- Baldwin, T. *Maurice Merleau-Ponty. Basic Writings*. London/New York: Routledge, 2004.
- Bimbenet, É. “Un motif d’étonnement majeur: le perspectivisme”. *Alter Revue de phénoménologie* 16 (2008): 87-108.
- Butterfield, J. “Seeing the Present”. *Mind* 370.93 (1984): 161-176. <http://dx.doi.org/10.1093/mind/XCIII.370.161>.
- Craig, W. L. *The Tensed Theory of Time: A Critical Examination*. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers, 2000.
- Davis, D. “Merleau-Ponty by Stephen Priest”. *The Review of Metaphysics* 59.1 (2005): 192-194.
- Dummett, M. “A Defense of McTaggart’s Proof of the Unreality of Time”. *The Philosophical Review* 69.4 (1960): 497-504. <http://dx.doi.org/10.2307/2183483>.
- Dummett, M. *Truth and Other Enigmas*. Cambridge: Harvard University Press, 1978.
- Horwich, P. *Asymmetries in Time: Problems in the Philosophy of Science*. Cambridge: MIT Press, 1987.
- Lowe, E. “The Indexical Fallacy in McTaggart’s Proof of the Unreality of Time”. *Mind* 381.96 (1987): 62-70.
- Macbeath, M. “Dummett’s Second-Order Indexicals”. *Mind* 385.92 (1988): 113-116. <http://dx.doi.org/10.1093/mind/XCVII.385.113>.
- McTaggart, J. “The Unreality of Time”. *Mind* 17.68 (1908): 457-474. <http://dx.doi.org/10.1093/mind/XVII.4.457>.
- McTaggart, J. *The Nature of Existence*. Vol. II. Cambridge: Cambridge University Press, 1927.
- Mellor, D. *Real Time*. New York: Cambridge University Press, 1981.
- Merleau-Ponty, M. *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Planeta-Agostini, 1985.
- Merleau-Ponty, M. *Lo visible y lo invisible, seguido de: Notas de trabajo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2010.
- Parsons, J., “A-Theory for B-Theorists”. *The Philosophical Quarterly* 52.206 (2002): 1-20. <http://dx.doi.org/10.1111/1467-9213.00249>.
- Priest, S. *Merleau-Ponty*. London: Routledge, 1998.
- Smith, N. “Inconsistency in the A-Theory”. *Philosophical Studies* 156.2 (2011): 231-247. <http://dx.doi.org/10.1007/s11098-010-9591-3>.
- Tartaglia, J. “Merleau-Ponty by Stephen Priest”. *Noûs* 35.2 (2001): 317-323. <http://dx.doi.org/10.1111/0029-4624.00300>.